

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

PEDRO Cobos, andado ya mucho camino de la vida, cuando contaba cerca de cincuenta años, un buen día, comenzó a escribir: costumbres más o menos deterioradas, después teatro para ver sobre un escenario lo que todavía sólo habían sido fantasmas de la imaginación, así como cuentos con los que pretendió, ni más ni menos, que decir con palabras de niño... y, por último, relatos, obras guiadas por una mirada que perseguía, ya que no se puede desvelar el secreto de la existencia y de tanta amargura como conlleva, describirla en su plenitud desde la palabra dotada de

zaba, pero que le servía ya únicamente como una referencia que podía y debía ser vista desde una perspectiva que lo transformaba y objetivaba en la medida de lo posible, un juego como tantos otros, y, como otros, quizás con alguna carta marcada.

Hay muchas maneras de aproximarse a la obra de un escritor, y todas son perfectamente válidas, aunque son dos las que sobresalen; considerando la obra como una cosa acabada en sí misma, monda y lironda, químicamente pura, tanto en su forma como en lo que dice o en lo que pretende decir; o la que la encuentra como una obra inacabada que debe verse desde la



Ilustración de Ramon Gaya

sentido que destenía humor y cariño mientras simulaba una verdad o, por lo menos, lo que imaginaba que encontraba su manera de ver, siempre, un tanto sorprendida.

Pero por qué un hombre, a esas alturas, deja un pasado e inicia otra andadura, ya que fue eso lo que resolvió hacer Pedro Cobos al separarse con decisión de un antes que admitía como suyo y que no recha-

circunstancia del autor porque en ello puede encontrar la clave que la explique... Toda obra literaria, siempre, por su misma naturaleza, es un enigma que ayuda a que se hagan preguntas y a encontrar respuestas que ya vagan solas. Toda obra literaria parte de una necesidad que se disfraza de un deseo. Toda obra literaria es máscara de carnaval que sale a la calle con la pretensión de recordar al hombre que se cruza con

ella lo que verdaderamente representa y es, él también —mundo, demonio y carne—, mientras pasa la vida, una danza ritual, repetitiva y cadenciosa, que termina en un momento siempre aparentemente imprevisto, aunque se suele decir que es demasiado pronto, y a veces, también, que ha llegado en un después demasiado largo. Toda obra literaria está hecha por un hombre que dice, y dice según su retórica, y que más tarde, con el paso de los años, se desvanece y desaparece, a veces se convierte en leyenda, en eso tan impreciso que llamamos recuerdo.

Con la obra de Pedro Cobos, como con tantas otras de consistencia humana en su piedra angular, y lo digo no sólo porque ha sido amigo del que escribe estas palabras —utilizando este término en el sentido de que ha sido una persona con la que he compartido el silencio y la soledad, junto al desinterés, el único que debía tener esta palabra para evitar tantos y tantos fraudes —me veo impulsado a acudir a ella para encontrar al hombre, y a la vez, desde la persona, a la obra.

Por eso digo que para que Pedro Cobos comenzase a escribir, antes que nada, tuvo que cumplir las reglas que condicionaban el juego que él mismo había puesto en su realidad, y, así, dejó a un lado su nombre; dejó a un lado su casa en el campo; dejó a un lado su familia; dejó a un lado su vida en Jumilla y Cieza; dejó a un lado el iniciado ensayo de la pintura; dejó a un lado una parte de la sociedad que él sabía que no le admitía; dejó a un lado cosas y cosas que no sabemos. Y las apartó para poder iniciarse como escritor, una senda que hay que andar aparentemente en la penumbra y que se presume, convencionalmente, que conduce a la libertad, aunque muy pronto supo que la libertad no es una meta a la que se llega tras cruzar una línea de llegada, sino algo mucho más simple y complejo que se consigue en el mismo momento que se decide andar tomándola por compañera, y es que la libertad no es un acto de voluntad ni de conciencia, sino de poder; y así, un buen día, Pedro Luis Pérez de los Cobos pasó a ser Pedro Cobos.

Su obra nos dice en repetidas veces de sus obsesiones y rechazos, como hizo con la religión católica, argumentando sobre una lógica casi positivista, pero muy personal, un esperpento que recibió el título de *Milán*, 3.1.3., lo primero que escribió, aunque lo publicase posteriormente a otros libros. Tiene esta obra una estructura dramática o si queremos de novela dialogada, que al final, tras intentar en repetidas ocasiones que se representase en un escenario, únicamente le sirvió de consuelo personal, y también para darse la razón que creía tener ante lo que consideró una incomprensión. Si alguien quiere verla como una obra histórica, que de todo hay, también puede hacerlo, pero posiblemente no pasó de ser una venganza más o menos consumada, o quizás sólo una pretendida réplica. Confieso que es la obra que menos me atrae por su artificio.

Yo prefiero los restantes libros, en los que Pedro

Cobos acepta el desafío de la literatura para levantar un mundo de ficción que desde el mismo momento que lo conocemos nos es necesario ya sentimentalmente. En ellos la mirada del escritor se une a la palabra en su expresividad justa y personal haciendo que mane la vida en sí misma hasta convertirse en una realidad que ya continúa y continúa.

En *La cruzada de los niños*, en *¡Ay de mi Albama!*, y en *La vida perdularia*, el hilo conductor que los argumenta es siempre el mismo, un viaje de los hombres, la gran metáfora de la vida, y en él los vemos conducidos por fuerzas poderosas, desde el destino hasta su propia fe y voluntad, llegando en el primero a un final maravilloso y cósmico, a un final de enamorados condenados en el segundo, y por último a un laberíntico y cotidiano. La obra de Pedro Cobos, así vista, es una obra acabada, cerrada. Es una realidad salida de la vida que ha discurrido ante el hombre Pedro Cobos y en la que él mismo ha ido y venido, y a la vez una reflexión y una respuesta que dice que estamos ante un disparate con un sentido que no se deja ver, pero que invita perpetuamente a seguir buscando aunque sólo sea por curiosidad.

Estamos ante el paisaje que se abre ante la mirada de un naufrago que busca todavía con esperanza, desde su soledad y su desesperación, encontrar un signo que diga del sentido que lo argumenta, que diga que todo aquello no es sólo un juego sin sentido.

Para conseguir todo ello, Pedro Cobos, sin duda inconscientemente, se sirvió de varios cauces como son el sarcasmo, la templanza, la ironía y el humor. Desde el sarcasmo destemplado de *Milán*, pasó a presentar una realidad histórica, una peregrinación, vista con el candor y el dolor del hombre que percibe lo que hay de injusticia en el disparate gratuito, como encontramos en *La cruzada de los niños*, para llegar por último, a utilizar dos categorías, como son la ironía y el humor tal como nos las mostró Bergson cuando las definió como dos extremos de comparación por los que nos adentramos en la realidad sobre una oposición de lo real a lo ideal, de lo que es a lo que debiera ser, y al revés, alcanzándose la ironía cuando se enuncia lo que debiera ser fingiendo creer que así es la realidad, como en *¡Ay de mi Albama!*, mientras que el humor se labra describiendo de manera minuciosa lo que es pero simulando que se cree que efectivamente las cosas deberían ser así, como encontramos en *La vida perdularia*.

Pero en la obra de Pedro Cobos hay un hecho fundamental que es el que le permitió alzar su obra, la utilización que hizo del español, de la lengua española, por la que nos vuelve a un tiempo en que hablar, escribir, pensar, se hacía de manera naturalmente creativa, desde una personalidad que descubría el mundo por la palabra. Pedro Cobos tuvo la palabra escrita y, también, la palabra hablada, pero esto, desafortunadamente, ya es sólo un recuerdo del amigo perdido.